



## Mi historia académica

Justo Andrés Concha

Mi primera infancia la viví en Conchalí, al norte del hipódromo Chile por calle Vivaceta, ahora es Independencia. Soy el menor de 4 hermanos y tengo una diferencia de edad de 7 años con mi hermano que me precede.

A mediados de los 70s no era obligatoria la educación prebásica, así que mis padres me hicieron ingresar a 1° básico con 6 años. Como cumplo justo a mitad de año y con 5 años no me admitirían, ingresé un poco mayor que mis congéneres.

Mi primer colegio fue la escuela parroquial de Lo Negrete, dirigida por el legendario cura Jorge Delpiano. Amado, temido y odiado párroco que estuvo varias décadas al frente de dicha parroquia.

El barrio no tenía características que propiciaran lo social. No se veían muchos niños. No había plazas o parques cercanos. Mi padre trabajaba de noche y mi madre era dueña de casa. Así que mis salidas eran siempre acompañando a mi madre a comprar o para visitar a parientes. Por lo tanto, esta etapa fue más bien solitaria. Sin embargo, desarrollé una gran capacidad de observación e imaginación. Hay que tener mucha creatividad para jugar solo y entretenerse. Además, reconozco que la televisión cumplió un rol muy importante en mi formación, aún soy muy tevito y en particular, plaza sésamo fue muy influyente.

Es así que me adapté fácilmente al régimen de estudio. Tuve una muy buena profesora, Isabel Rosales, aún recuerdo su nombre. Justamente, ella destacaba mi capacidad atencional. En esa época se premiaba el nivel académico y en los dos primeros años obtuve el primer lugar del curso.

En 1978, nos mudamos de casa y de barrio. Nos fuimos a La Florida, en el otro extremo de la ciudad. Esto, por obligación, implicaba un cambio de colegio. Llegamos a fin de febrero o principio de marzo, por lo que la búsqueda de colegios no fue fácil. Alcancé a estar un par de semanas en un colegio que estaba cerca, pero a tras mano que ni siquiera sé cómo se llama. De hecho, tenía que tomar locomoción, obviamente acompañado por mi madre. En esa época no existía el transporte escolar. Me cambiaron a otra escuela muy pequeña que estaba más cerca, Escuela Santo Rosario, a la cual se podía llegar caminando. La escuela tenía sólo hasta 4° básico y un solo curso por nivel. Mi profesora, Nivia era muy cálida y creo haber aprendido mucho en esa etapa. Nuevamente mi adaptación fue buena y rápida y repetí el mismo rendimiento académico que en los dos primeros años.

Al terminar 4° básico, por obligación, tuvieron que cambiarme nuevamente de colegio. Esta vez, era una escuela más grande. Se trataba de la escuela N°442, ahora conocida como Bellavista. Este colegio estaba más lejos, pero como mi hermano mayor iba en un liceo que estaba casi al frente, me iba con él. Por primera vez, experimento la loca y casi traumática relación entre escolares y choferes de la locomoción colectiva.

Siendo un colegio más grande, había más competencia y por primera vez, pierdo mi lugar de privilegio. Esto cambió al año siguiente cuando recuperé mi sitio volviendo a ser el primer lugar.



Ahora, tenía varios profesores y mi profesora jefa, Victoria Achiardi, pronto me tomó mucho cariño. Recuerdo una vez, que estando en otra clase, llega ella y pide permiso para sacarme. La acompañé y llegamos a la sala donde ella estaba haciendo clases. Se trataba de un curso inferior, que estaba ordenado en círculo y al centro había una silla, donde la profe me invitó a sentarme. Se trataba de una entrevista donde los niños de dicho curso me harían preguntas. La profesora nunca me explicó el propósito de la actividad y porqué me había elegido a mí, pero subintuyendo que ella me consideraba un ejemplo.

Pero mi destino estaba establecido. Una vez terminado 6° básico, me postularían al Instituto Nacional. Un tío, hermano de mi padre, era profesor del Instituto e insistía que yo debía estudiar en dicho colegio. Mis padres siguieron su consejo, sobre todo debido a que, si no me alcanzaba con las notas, que eran buenas, estaba él para darme una ayudadita. Sin embargo, el resultado fue negativo, situación que significó un quiebre entre mi padre y mi tío. Por consiguiente, tuve que cursar 7° básico en el mismo colegio Bellavista. Ese año fue muy intenso. Se manifestaron los cambios propios de la pubertad y crecí antes que mis compañeros, lo que hizo que me convirtiera en admirado por las chicas. A mediados de año, justo el día de mi cumpleaños, mi padre fallece luego de sufrir un ACV. Fue un evento traumático, porque no lo esperábamos y nos pilló de sorpresa. Creo que esto me hizo madurar prematuramente, aunque parezca una contradicción o paradoja. Sin proponérmelo, ni hacer nada extraordinario mis calificaciones fueron superiores al año anterior y a fin de año, mi madre volvió a la carga por el Instituto Nacional. Ahora sí fui seleccionado.

Yo no estaba convencido y fue un cambio no deseado. Yo era feliz en mi colegio, ahí estaban mis amigos y mis admiradoras y era un referente para todos. Ahora, tendría que adaptarme a un colegio enorme, inhóspito, lejano.

El choque fue brutal. En mi primera prueba de matemáticas, saqué un 2.7. Cómo será lo traumático que aún lo recuerdo. Me demoré varias semanas en contarle a mi madre, porque nunca me había sacado una calificación tan baja. Finalmente le conté y ella muy afectuosa, lejos de enojarse me dijo “Bueno, ahora es distinto y tendrás que adaptarte”. Yo creo que esa fue la primera vez que experimenté la irracionalidad del sufrimiento por imaginación.

En esa época, había dos jornadas. Yo iba en la tarde que comenzaba a las 14:00 y terminaba a las 19:20. La locomoción era pésima y normalmente llegaba cerca de las 21:00 a mi casa. Me acostumbé a almorzar temprano y rápido. Pero, no existe ninguna condición a la cual el ser humano no se pueda adaptar y si bien nunca más tendría calificaciones como antaño, me pude ir adecuando sobre todo en el área de humanidades, donde fui elegido como monitor para apoyar a mis compañeros. En lo personal, ya me perfilaba como un chico serio y callado, que inspiraba respeto. Recuerdo que en esa época tenía un serio problema de acné, sin embargo, mis compañeros nunca me hicieron bullying por eso, molestando a otros que tenían menos problemas que yo. En 8° básico incluso me eligieron como presidente de curso.

En mi estancia en el Instituto, mi mejor año fue el de 1° medio. Me gustaba el curso, generé vínculo con amigos que hasta hoy siguen siéndolo y participé más en actividades extraprogramáticas ya sea deportivas como artísticas. De hecho, ese año fue el primero en que canté en público. Mi rendimiento no era espectacular, pero era suficiente. Lamentablemente, al ser un colegio de hombres y mostrarme más bien como un chico tímido la relación con el sexo femenino se hizo nulo.



Al pasar a 2° medio cambié de jornada. Ahora mi horario comenzaba a las 8:00 y por lo tanto para no llegar atrasado debía levantarme muy temprano para tomar micro antes de las 7:00. Al principio mi madre se levantaba conmigo para servirme desayuno. Más adelante optó por dejarme todo listo la noche anterior. Ese año también fue bueno, además fue mi debut en el área política. En Chile gobernaba la dictadura de Pinochet. Las protestas habían comenzado en 1983, justo el año que entré al Nacional. Alguna vez, mis hermanos tuvieron que ir a buscarme antes del fin de la jornada porque las micros dejaban de circular después de las 16:00 por las protestas.

Por razones familiares, mi simpatía iba por el lado de la Democracia Cristiana. Mis padres fueron muy admiradores del presidente Frei Montalva y muy chico comencé a investigar acerca de dicha línea de pensamiento.

Al finalizar 2° medio, teníamos que elegir el plan de estudios que seguiríamos para el último tramo de esta etapa del proceso formativo. Las opciones eran: humanista, biólogo y matemático. Yo no tenía muy claro qué quería ser o hacer, por ahí me surgió la idea de estudiar en la universidad kinesiología, por lo que opté por biología. Claro, mi perfil era más artístico, pero en el colegio no se potenciaba dicho perfil, al contrario, se suprimía de plano. Esa elección significó un cambio total de mi curso, quedamos sólo 5 compañeros en el mismo curso lo que significó que de nuevo había que hacer relaciones. Pero, mis compañeros no eran muy simpáticos, así que creamos un círculo muy pequeño con los que son mis amigos en la actualidad. Era 1986, el año en que se produjo un potente movimiento de estudiantes secundarios contra la dictadura bajo el pretexto de bloquear el proceso de municipalización que había comenzado a principios de esa década pero que había dejado a los colegios emblemáticos para el final. La política estaba proscrita, los universitarios estaban desgastados, con los secundarios no se meterían y así nos tiraron como carne de cañón. Por primera vez en la historia del colegio había un paro. Como siempre, las vacaciones de invierno enfrían todo, pero de todas maneras fue un movimiento memorable donde salimos a la calle, marchamos y tomamos las banderas de la resistencia al régimen.

Decidí integrarme a la Democracia Cristiana y refundamos junto a otros amigos la JDC dentro del colegio con el propósito de reorganizar el centro de alumnos democrático junto al grupo de izquierda PIO (Partido Institutano de oposición). Más allá del hecho político, esto me permitió experimentar algo que quizás sea lo que más valoro de mi paso por el Nacional. Aprendí a convivir con personas con distintas creencias y realidades. En esa época, el Instituto albergaba a chicos de distintas realidades sociales. Si bien, los chicos de familias pudientes tenían opciones en colegios pagados, no eran pocos ya sea por tradición o prestigio que optaban por hacer ingresar a sus hijos al Instituto. Sin embargo, la masa era de clase media y media baja cuya única esperanza de llegar a la universidad era el Instituto Nacional. Eso incluía las influencias políticas transmitidas por herencia familiar. Había chicos de todas las tendencias políticas, incluyendo partidarios de Pinochet, permanentemente hostilizados, así también como compañeros que fueron muy tempranamente reclutados por el frente patriótico Manuel Rodríguez. Es así como la tolerancia era una práctica casi obligada, sobre todo entre los opositores a Pinochet que entendieron que juntos era la única alternativa para cambiar el cronograma de la dictadura.

Bueno, volviendo al plan de estudios como había elegido el biólogo tenía dos asignaturas de biología, más física, química y matemáticas avanzada pensando que la dirección era hacia el área científica. Así llegué a 4° medio, con una buena formación científica, pero sin tener claro que podía



hacer con mi vida. Mi PAA fue muy buena y me daba varias opciones en un abanico muy ecléctico que incluían licenciatura en biología, en filosofía y en música lo que denotaba mi desorientación. Intenté por el lado de la música, pero debía salvar otra valla, dicha licenciatura en la U de Chile exigía rendir una prueba especial en la cual se presentaba un centenar de jóvenes para 16 vacantes. Llegué hasta el final, una entrevista donde me dijeron que mi prueba era bastante buena, pero competía con chicos que tenían 6 años de estudios en piano cosa de la cual yo carecía. De todas maneras, me dijeron que viera la lista de espera porque a veces esta iba avanzando. No volví más.

La verdad es que no estaba convencido de estudiar música. La música me gusta, pero no me gusta practicarla por obligación. Ya en el verano, se me había aparecido la idea de tecnología en sonido y si me iba bien en música, el plan era hacer la tecnología después y combinar ambas áreas. Mi desilusión por música me llevó a buscar información por esta especialidad. Encontré un instituto chico, poco conocido, llamado Instituto Vicente Pérez Rosales que no solo ofrecía tecnología, sino que ese mismo año, 1988, abría la carrera de ingeniería de ejecución en sonido. Me entrevistaron y quedaron entusiasmados con mi puntaje de PAA. Recuerdo que mi madre estaba muy orgullosa por el puntaje que saqué y se vanagloriaba que su hijo entraría en la universidad. Pero ella es grande, la más grande, como la mayoría de los hijos piensan de su madre. y cuando le conté los planes me apoyó al 100%.

Así que dejé pasar la oportunidad de las licenciaturas en filosofía y en biología. Al segundo año de ingeniería en sonido, el instituto se convirtió en universidad. Sin planearlo el sueño de mi madre se cumplía, aunque fuera en una universidad trucha. Mi formación en el Nacional me ayudó a desarrollar bien mis estudios superiores. Ya en 1992 estaba egresado, hice mi tesis, la práctica profesional y me titulé en 1993. Trabajé un tiempo en sonido en vivo y en doblaje de películas. Pero un día mi vida dio un giro total. Uno de mis profesores y jefe de departamento de la universidad, me llamaba para ofrecerme unas clases en la carrera de tecnología en sonido. Yo no estaba muy convencido, nunca me había planteado ser profesor, pero la confianza que me dio él y otros compañeros que ya estaban haciendo clases, me convenció. La oferta era atractiva, la idea era formar un cuerpo de docentes con exalumnos que fueran formando una escuela, aunque la carrera ya contaba con un muy buen prestigio en el mundo laboral cosa que descubrí después de haber ingresado a ella.

Tomé unas clases de una asignatura denominada electroacústica. Tuve que aprender sobre la marcha como hacer clases. Al principio no hablaba muy fuerte y los estudiantes me reclamaban por eso, pero al parecer les gustó mi forma de hacer clases, sobre todo en comparación con otras clases que tenían y mis jefes fueron quedando satisfechos con el resultado. Fue así que me fueron dando cada vez más clases y horas. Paralelamente hacía cosas pocas de sonido, pero mi principal actividad laboral pasó a ser la docencia. No sólo tomé clases de tecnología, sino también de ingeniería y más tarde en ingeniería civil.

No recuerdo bien en qué año, se crearon nuevos departamentos académicos, uno de los cuales era el departamento de electroacústica cuya jefatura me la ofrecieron. Luego, se creó una revista científica y me ofrecieron ser el editor técnico. Recién en 1999 me hicieron un contrato indefinido. Cada vez tenía más indicios de confianza en lo que hacía y fui posicionándome como un buen profesor.



Como docente y directivo organicé varias actividades, participé en congresos internacionales y pude viajar por distintas partes del mundo. Refundamos una sociedad científica llamada AES en Chile y fui elegido su primer presidente. Creamos el encuentro de sonido y organizamos el 1° congreso latinoamericano AES.

Mi experiencia me avalaba, pero no tenía la certificación que lo acreditara. Me ofrecieron hacer un doctorado en acústica de la Universidad Politécnica de Madrid en el cual se inscribieron varios de mis colegas, pero el programa no me entusiasmaba. Más tarde, me ofrecieron la oportunidad de hacer una licenciatura en educación becado por la universidad y ahora sí acepté. Es así que obtuve el grado de licenciado.

En el intertanto la universidad Pérez Rosales fue adquirida por Inacap para crear su proyecto de universidad tecnológica. Cambiamos de empleador, sin embargo, en nuestra sede nada cambiaba. Los cambios vinieron poco después. Lo primero fue la eliminación de los departamentos, a cambio nos ofrecieron el cargo de coordinador por media jornada y otra media jornada de docencia. Finalmente, esta figura cambió y crearon la función de coordinador de tiempo completo. También me ofrecieron este cargo, pero la obligatoriedad de dejar las clases me frenó y desistí. Tiempo después me ofrecerían otro cargo de coordinación de especialidad, pero también lo rechacé. Lo mío es la docencia y el contacto directo con los estudiantes en aula.

Mi experiencia guiando tesis de titulación hizo que me dieran cursos de metodología de la investigación, sin haber tenido nunca una formación al respecto. Lo más reciente ha sido la invitación a impartir cursos de matemáticas básicas a carreras del área de humanidades en las cuales he tratado de darles un enfoque desde la especialidad a dichas matemáticas con el tremendo desafío de cautivar a chicos que se autoconsideran negados en matemáticas.

Pasó casi una década después de la licenciatura y me surge la idea de hacer un magister. Existe cierta presión al respecto, porque el sistema educativo chileno está promoviendo el que los docentes universitarios sean postgraduados. Dicha presión llegó a Inacap y ofreciendo becas e implementando el sistema de jerarquización comienzan a incentivar que los docentes cursen programas de postgrados.

En mi especialidad no hay postgrado en Chile y tampoco me motiva lo suficiente si es que quisiera buscar alternativas en el extranjero. Estas deben estar exclusivamente asociadas a planes a distancia porque no podría trasladarme durante 2 años a otro país. Finalmente opté por un magister en educación superior. No me aceptaron la solicitud de beca, pero de todas maneras quedé conforme. Opté por un programa presencial en una universidad tradicional y creo que aprendí mucho. Una vez más corroboré que se aprende mucho y mejor en contexto, con otras personas, intercambiando, yendo más allá de un plan de clases, todo aquello de lo cual adolece la educación online.

Las cosas de la vida, me preparé para el área científica, estudié ingeniería y he trabajado todo este tiempo como profesor. He deambulado entre el pensamiento científico, las ciencias exactas, las humanidades y el arte que no lo he dejado nunca. Y todo me ha servido, nada ha sido inútil. Me gusta la biología, la física, la psicología, la música, la educación. La vida me ha llevado por caminos diversos zigzagueantes y muy ricos y lo agradezco porque el aprender me hace feliz y el compartir mis aprendizajes, más feliz me hace.



Ahora hago clases en dos instituciones de educación superior y acabo de formar, junto a unos amigos, la Sociedad de Profesionales y Expertos en Audio de Chile. MI carrera académica continua y continuará hasta mi energía pueda.